

# Claire Messud

## La vecina de arriba

Traducción del inglés de Patricia Antón de Vez



CLAIRE MESSUD

# La vecina de arriba

Traducción de Patricia Antón de Vez

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Woman Upstairs*  
Traducción del inglés: Patricia Antón de Vez

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Claire Messud, 2022  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Patricia Antón de Vez, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 12256-2022  
ISBN: 978-84-19075-51-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Georges y Anne Borchardt  
Y, como siempre, para J.W.*

*Ognuno vede quello che tu pari, pochi sentono quello che tu se.*

MAQUIAVELO, *El príncipe*

Muy poca gente comprende la naturaleza puramente subjetiva del fenómeno que llamamos amor, o cómo crea, por así decirlo, una tercera persona, una nueva persona suplementaria, distinta a la que el mundo conoce por el mismo nombre, una persona cuya mayoría de elementos constituyentes se derivan de uno mismo, del amante.

MARCEL PROUST,  
*En busca del tiempo perdido*

A la mierda con las ideologías loables.

PHILIP ROTH, *Sabbath's Theater*

## PRIMERA PARTE

## I

¿Hasta qué punto estoy furiosa? Mejor que no lo sepan. Más vale que nadie lo sepa.

Soy buena chica, una chica simpática, puritana y de sobresaliente, una buena hija con una buena carrera, y nunca le robé el novio a nadie ni dejé tirada a una amiga, y aguanté los malos rollos de mis padres y los malos rollos de mi hermano, y de todas formas no soy ninguna chica, tengo más de cuarenta, hostia, y soy buena en mi trabajo y se me dan de maravilla los niños y le así la mano a mi madre cuando murió, después de habérsela asido los cuatro años que estuvo moribunda, y hablo todos los días con mi padre por teléfono, todos los días, ojo al dato, y ¿qué tiempo os hace a ese lado del río?, porque aquí está bastante nublado y hace un poco de bochorno, ¿sabes? Se suponía que en mi lápida debía leerse UNA GRAN ARTISTA, pero si me muriera ahora mismo, lo que pondría sería UNA GRAN MAESTRA/HIJA/AMIGA; y lo que en realidad me gustaría gritar, lo que me gustaría ver también en grandes letras en esa tumba, es QUE OS DEN POR EL CULO A TODOS.

¿No sienten eso mismo todas las mujeres? La única diferencia es hasta qué punto sabemos que lo sentimos, hasta qué punto estamos en contacto con nuestra propia furia. Todas somos furias, excepto las que son unas perfectas imbéciles, y lo que me preocupa es que les lavamos el cerebro desde la cuna, y que al final hasta las listas van a acabar convertidas en perfectas imbéciles. ¿Qué quiero decir con eso? Me refiero a las alumnas de segundo en la Escuela Primaria de Appleton, a ve-

ces incluso a las de primer curso, y a que cuando llegan a mi clase, a tercero, ya no hay nada que hacer con ellas, sólo les importan Lady Gaga y Katy Perry y la manicura francesa y la ropa guay y cómo les ha quedado el pelo. Y eso en tercer curso. Les importa más el peinado o los zapatos que las galaxias, las orugas o los jeroglíficos. ¿Cómo han podido dejarnos todas las consignas revolucionarias de los setenta aparcadas en un sitio donde ser mujer significa hacerse la tonta y tener buena pinta? Aún peor que «hija sumisa» es que en tu lápida se lea «tenía buena pinta»; antes todo el mundo sabía que es así. Pero ahora estamos perdidos en un mundo de apariencias.

Por eso estoy furiosa, en realidad: no por las tareas domésticas y por todo el derroche de simpatía ni todas las obligaciones que supone ser mujer –o, más bien, que supone ser yo–, porque es posible que uno tenga que cargar con todo eso como ser humano. En realidad estoy furiosa porque me he esforzado mucho en tratar de salir del laberinto de espejos, de la farsa y la impostura del mundo, o de mi mundo, en la Costa Este de Estados Unidos de América en la primera década del siglo XXI. Y detrás de cada espejo hay otro puto espejo, y al final de cada pasillo hay otro pasillo, y la casa encantada ya no tiene ninguna gracia y ni siquiera es divertida, pero no parece haber en ella una puerta donde ponga SALIDA.

De niña, todos los veranos visitábamos la Casa Encantada en la feria, con su horripilante y sonriente cara de yeso de dos pisos de altura. Se entraba por la boca, entre los dientes gigantes, por la lengua de un rosa subido. Sólo por esa cara, una debería haber sabido qué le esperaba. Se suponía que era divertida, pero daba pánico. Los suelos se combaban o daban bandazos, las paredes estaban torcidas y las habitaciones, pintadas para que la perspectiva resultase confusa. En los estrechos y vibrantes pasillos flanqueados por espejos, que te volvían gorda o delgadísima o te ponían cabeza abajo, parpadaban luces y bramaban sirenas. A veces el techo caía a plomo o el suelo se levantaba, o ambas cosas a la vez, y me parecía que iba a quedar aplastada como una chinche. La Casa Encantada daba mucho más miedo que la Casa del Terror, entre



otras cosas porque se suponía que debías pasarlo bien en su interior. Yo sólo deseaba encontrar la salida. Pero las puertas en que se leía SALIDA sólo daban paso a más habitaciones absurdas, a interminables pasillos en movimiento. En la Casa Encantada sólo había una ruta posible, sin tregua, que te obligaba a atravesarla hasta el final.

Por fin he llegado a entender que la vida misma es como la Casa Encantada. Sólo deseas ver esa puerta en la que pone SALIDA, la huida a un lugar donde estará la vida real; y nunca logras encontrarla. No, permítanme que me corrija. Hace unos años hubo una puerta, hubo varias puertas, y las traspuse y creí en ellas, creí durante un tiempo que había conseguido salir a la realidad –y madre mía, qué maravilloso y aterrador fue, tan intenso, tan distinto–, hasta que comprendí de pronto que todo ese tiempo había estado atrapada en la Casa Encantada. Me habían engañado. La puerta en la que ponía SALIDA no era una salida, en absoluto.

No estoy loca. Furiosa, sí; loca, no. Me llamo Nora Marie Eldridge y tengo cuarenta y dos años, lo que supone ser mucho más de mediana edad que si tienes cuarenta o incluso cuarenta y uno. No soy ni vieja ni joven, ni gorda ni flaca, ni alta ni baja, ni rubia ni castaña, ni guapa ni fea. Bastante atractiva en según qué momentos, creo que es el consenso general, como las heroínas de las novelas rosa de Harlequin, que leí a montones en mi juventud. No estoy ni casada ni divorciada, sino soltera. Soy lo que solían llamar una solterona, pero ya no las llaman así, porque implica que estás marchita, y nadie quiere estar así. Hasta este verano, he dado clases de tercer curso en la Escuela Primaria de Appleton en Cambridge, Massachusetts, y es posible que vuelva a hacerlo, aún no lo sé. A lo mejor, en lugar de eso, le prendo fuego al mundo entero. Sí, quizá lo haga.

Tienen que saber que, pese a lo malhablada que soy, nunca digo palabrotas delante de los niños, con la excepción de algún que otro «¡Mierda!» despistado, pero sólo por lo bajo y sólo

*in extremis*. Si están pensando que cómo es posible que una persona tan airada imparta clases a niños, permítanme decirles que hasta el último de nosotros es capaz de sentir ira, y que algunos somos proclives a hacerlo, pero que para ser buen maestro hay que tener un mínimo de autocontrol, y yo lo tengo. Tengo más que un mínimo. Me educaron así.

En segundo lugar, no soy una especie de resentida clandestina que le guarde rencor al mundo entero por sus desgracias. O digamos que sólo lo soy hasta cierto punto, pues ¿no sentimos todas cierto resentimiento, quienes tenemos que ceder y cejar en nuestros propósitos sin que nos lo reconozcan, sin ser objeto de admiración o agradecimiento? A los veinte y a los treinta ya somos bastantes, y a los cuarenta y los cincuenta, somos decididamente legión. Pero el mundo debería entender, si le importara una mierda, que las mujeres como nosotras no vivimos en la clandestinidad. Para nosotras no hay sótanos a lo Ralph Ellison llenos de bombillas; ni subterráneos metafóricos dostoiévskianos. Siempre vivimos en el piso de arriba. No somos las locas en el desván, éstas tienen mucho protagonismo, de un modo u otro. Nosotras somos esa mujer tranquila al fondo del pasillo del tercer piso, la del cubo de basura siempre impecable, la que sonrío y saluda alegremente en la escalera y que nunca hace ruido al otro lado de su puerta cerrada. En nuestra vida de tranquila desesperación, somos la vecina de arriba, tengamos o no un maldito gato atigrado o un torpe y molesto perro labrador, y ni un alma detecta nuestra rabia. Somos completamente invisibles. Pensaba que no era verdad, o que no era mi caso, pero he llegado a comprender que no soy distinta. La cuestión es cómo sacarle partido, cómo utilizar esa invisibilidad, cómo hacerla saltar en llamas.

La vida consiste en decidir qué importa. Consiste en la fantasía que determina la realidad. ¿Se han preguntado alguna vez si preferirían volar o ser invisibles? Llevo años haciendo esa pregunta a la gente, y siempre he pensado que su respuesta revela quiénes son. Estoy rodeada por un mundo de seres voladores.

Los niños son prácticamente siempre voladores. Y la vecina de arriba también es una voladora. Hay gente codiciosa que pregunta si no podrían ser ambas cosas; y una serie de personas (siempre he pensado que eran los cabrones maquinadores, los ávidos de poder, los fanáticos del control) se deciden por ser capaces de evaporarse. Pero la mayoría de nosotros queremos volar.

¿Se acuerdan de esos sueños? Yo ya no los tengo, pero eran uno de los placeres de mi juventud. Me veía en una situación desesperada –unos perros que me pisaban los talones, un tipo furibundo con el puño alzado o un garrote– y sólo tenía que agitar los brazos para elevarme despacio, directamente hacia arriba como un helicóptero o un santo, y luego planear libremente. Volaba a ras de los tejados, aspiraba bocanadas de viento, cabalgaba en las corrientes de aire como si fuesen olas, dejando atrás campos y vallas para recorrer la costa y sobrevolar las ondas añiles del mar. Y la luz del cielo cuando volabas... ¿se acuerdan de eso? Las nubes parecían almohadas iluminadas, tan cercanas y húmedas cuando te internabas en ellas, y luego, ¡ah!, menuda revelación te esperaba al otro lado. Hubo un tiempo en que volar lo era todo.

Pero he llegado a la conclusión de que es la elección equivocada. Porque piensas que el mundo te pertenece, pero en realidad siempre vuelas para huir de algo; y los perros que te pisan los talones y el tipo del garrote no desaparecen por que no puedas verlos. Ellos son la realidad.

En cuanto a ser invisible, vuelve las cosas más reales. Entrás en una habitación en la que no estás y oyes lo que la gente dice sin trabas; ves cómo se mueven cuando no están contigo. Los ves sin las máscaras, o con sus distintas máscaras, porque de pronto las ves por todas partes. Enterarte de lo que pasa cuando estás al otro lado del telón puede resultar doloroso; pero así lo sabes, gracias a Dios.

Resulta que todos estos años he estado equivocada. Y la mayoría de la gente que me rodeaba también. Y sobre todo, ahora que he descubierto que en realidad soy invisible, necesito dejar de tener deseos de volar. Deseo que volar no sea una

necesidad. Quiero que todo vuelva a pasar, pero al mismo tiempo no lo deseo. Quiero que mi inexistencia cuente. No crean que es imposible.

## 2

Todo empezó con el niño. Con Reza. Incluso cuando lo vi por última vez, por última vez en mi vida, este verano, cuando llevaba varios años sin ser el niño de antes y ya era casi un jovencito, con las proporciones ilógicas, la nariz larga, los granos y la voz vacilante de la incipiente edad adulta, seguí viéndolo con toda su perfección de antaño. En mis recuerdos sigue siendo un niño de ocho años radiante y canónico, un niño salido de un cuento de hadas.

El primer día de colegio entró en mi clase tarde, serio y vacilante, con los ojos grises muy abiertos, batiendo las pobladas pestañas pese a los visibles esfuerzos que hacía por no parpadear, por no llorar, sobre todo. Los demás niños —a la mayoría de los cuales yo ya conocía del patio del curso anterior, incluso por sus nombres— habían llegado temprano y preparados, con mochilas y almuerzos empaquetados y un progenitor que los despedía con un ademán desde el umbral, algunos con la rosácea huella del pintalabios de su madre todavía en la mejilla; habían encontrado sus pupitres y nos habíamos presentado y anunciado algún hecho sobresaliente del verano (las gemelas Chastity y Ebullience habían pasado dos meses con su abuela en Jamaica, y la abuela en cuestión tenía gallinas: suponía un hecho por niña; Mark T. había construido un kart y corrido con él por el parque; la familia de Shi-shi había adoptado en la perrera un beagle de ocho años que se llamaba *Superior* [«tiene la misma edad que yo», comentó orgullosa]; etcétera), y empezábamos a establecer las normas en el aula («Nada de pedos», exclamó Noah desde las mesas junto a la ventana, provocando carcajadas y risitas generales) cuando se abrió la puerta y entró Reza.

Supe de quién se trataba, porque todos los demás alumnos de mi lista estaban presentes. Titubeó. Echó a andar poniendo

los pies, en sus pulidas sandalias de puntera cerrada, uno delante del otro con mucha cautela, como si recorriera una barra de equilibrio. No tenía el mismo aspecto que los demás niños, y no por la piel aceitunada, las cejas pobladas o la expresión de sus labios, sino porque iba muy atildado, con ropa formal e insólita. Llevaba una camisa de manga corta a cuadros azules y blancos y unas bermudas largas en azul marino, planchadas por una mano invisible. Se había puesto calcetines con las sandalias. No llevaba mochila.

–Reza Shahid, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabe?

–A ver, todo el mundo –lo así de los hombros para volverlo hacia la clase–, éste es nuestro nuevo alumno Reza Shahid. Démosle la bienvenida.

–Bienvenido, Reza –corearon todos a pleno pulmón, e incluso desde atrás advertí que intentaba no estremecerse: se le retrajo un poco el cuero cabelludo y le temblaron las puntas de las orejas. Ya en ese momento me pareció adorable su nuca, con los rizos cuidadosamente dispuestos lamiendo la orilla irregular del suave y frágil promontorio del cuello.

Resulta que yo ya lo conocía. No sabía que se trataba de Reza, ni sospechaba que iba a ser mío, un alumno de Tercero E; pero la semana anterior lo había visto, lo había mirado fijamente y él a mí, y hasta nos habíamos reído juntos, en el supermercado. Yo andaba forcejeando con las bolsas en la salida de las cajas: a una se le había roto el asa, y trataba de levantarla por debajo mientras sujetaba el resto de la compra en la otra mano, y el resultado fue que se me cayeran al suelo las manzanas. Rojas y brillantes, se dispersaron a mis pies hasta la zona de la cafetería junto a los ventanales. Me lancé a por ellas, encorvada y dejando las dos bolsas con la compra y el bolso en medio del pasillo que llevaba a la puerta. Estaba a cuatro patas tratando de recuperar la última de debajo de una mesa, sujetando con torpeza contra el pecho cuatro magulladas manzanas más con el brazo izquierdo, cuando una reveladora risotada

me hizo levantar la mirada. Sobre el respaldo del banco vecino se asomaba un niño guapísimo, con unos rizos despeinados y la camiseta con los churretes de un día entero de juegos y la salsa sanguinolenta de lo que estuviera comiendo.

–Jolín, ¿qué es tan divertido? –No pude evitar el «jolín».

–Usted –contestó él al cabo de un instante, con un rictus serio en la boca pero con ojos llenos de alegría. Tenía mucho acento–. Usted es divertida, con sus manzanas.

Algo en su cara, la tersura de las mejillas con un leve rubor rosáceo, el cabello negro y revuelto y las cejas y pestañas pobladas, la divertida intensidad de aquellos ojos grises con motitas, me hizo sonreír a mi pesar; miré atrás, hacia mi compra desparramada, imaginé mi danza a lo Baba Yagá a través del suelo, me vi como debía de haberme visto el niño.

–Supongo que tienes razón. –Me incorporé–. ¿Quieres una? –pregunté tendiéndole la última manzana, rescatada del polvo.

Arrugó la nariz y volvió a soltar una risotada.

–Ya no está buena.

–No, supongo que no.

Cuando me dirigía a la salida, volví a mirar hacia su mesa. No estaba con su madre o su padre. Una canguro, joven y de pechos enormes, apoyaba un brazo tatuado, con un diseño de algo celta, en el respaldo del banco. Tenía el pelo carmesí, y en el labio inferior le brillaba lo que parecía un imperdible. Tiro-neaba sin ganas de su lechuga, hoja por hoja, y contemplaba la tienda como quien ve la televisión. El niño dejó de revolverse en el asiento y me dirigió una mirada larga y descarada pero sin expresión, y cuando le sonreí, apartó la vista. Pues ése era Reza.

No tardé en darme cuenta de que su inglés era muy pobre, pero no me pareció preocupante. Aquella primera noche, después del colegio, comprobé en su ficha que la dirección de su casa correspondía a uno de los bloques de viviendas universitarias más elegantes, en una calle sin salida cerca del río. Significaba que sus padres no eran estudiantes de posgrado sino profesores invitados o alguna clase de miembros importantes del cuerpo docente. Hablarían correcto inglés, o al menos uno

de ellos, y podrían ayudar al niño; y siendo académicos como eran se preocuparían por ese tema, lo que ya era media batalla ganada. Además, el propio niño tenía deseos de aprender. Yo lo había notado incluso el primer día. Con los otros niños, cuando no sabía una palabra, señalaba y preguntaba «¿Qué es?», y luego repetía sus respuestas varias veces con esa voz suya tan extraña y extranjera y ligeramente rasposa. Si se trataba de algo abstracto, intentaba representarlo con mímica, y eso hacía reír a los demás, pero él permanecía impertérrito y sereno. Gracias a Noah, a la hora de comer ya había aprendido las palabras «pedo» y «culo». Intervine tan sólo para aclarar que se consideraban más educadas «ventosidad» y «posaderas», pero tuvo dificultades para pronunciar «posaderas». Le salió «pusidegas», y a mí hasta eso me pareció conmovedor por lo mucho que se esforzaba.

Ése fue el tercer motivo por el que supe que tendría éxito: su encanto. Y no me desarmaba sólo a mí: veía a las niñas boquiabiertas y cuchicheando, adivinaba cómo se fundían los celos de los niños a medida que se revelaba el espíritu deportivo de Reza, que era intrépido en los partidos y alegremente competitivo, exactamente la clase de crío que uno querría en su equipo. E incluso conquistó a los profesores. Estelle García, que da clases de Ciencias, comentó sobre él en la primera reunión del profesorado: «Hay veces en que el dominio de la lengua inglesa no parece tan importante. Si un crío demuestra la pasión suficiente, eso puede superarse».

Puse reparos y le recordé a Ilya, el ruso, y a Duong, de Vietnam, y a media docena más de críos a los que habíamos visto resoplar y casi ahogarse en sus esfuerzos por aprender el inglés en la escuela primaria, y a los que nos angustiaba mandar a la secundaria, temiendo que salieran convertidos en matones o que abandonaran los estudios o algo peor. Y a veces pasaba eso, inevitablemente.

—No estarás preocupada por eso en la primera semana, ¿no? Ese crío lo absorbe todo como una esponja.

—No estoy preocupada por ese niño, en absoluto —contesté—. Pero él es una excepción.

Excepcional. Adaptable. Compasivo. Muy inteligente. Rapidísimo. Muy dulce. Con gran sentido del humor. ¿Qué significaba cualquiera de nuestros elogios, si no que todos nos habíamos enamorado un poquito de él y estábamos deslumbrados? Tenía ocho años, sólo era un crío como cualquier otro, pero cada uno de nosotros lo quería para sí. No decíamos esas cosas tan amables sobre Eric P., o sobre Darren, o sobre Miles, con su cara de pan y aquellas ojeras oscuras de las que emanaba tristeza, como si pasara por una especie de duelo permanente. Cada niño es fuerte a su manera, les decíamos siempre. Todos tenemos talentos distintos. Todos podemos tomar buenas decisiones si lo intentamos de verdad. Pero Reza venía a desmentir todo eso, envuelto en su encanto y su belleza como por una red.

Cuando, en la primera semana, derribó sin querer a Françoise en el patio, en medio de un exuberante partido de fútbol improvisado, le rodeó los hombros temblorosos con un brazo y se sentó con ella en el bordillo hasta que volvió a estar lista para meterse de nuevo en faena. Reza tenía lágrimas en los ojos, las vi. Cuando descubrió que Aristide, cuyos padres eran de Haití, hablaba francés, se le iluminó la cara, y los dos parlotearon como locos durante la hora de comer, hasta que Mark T. y Eli se quejaron de que se sentían excluidos; momento en el cual Reza asintió con la cabeza, cerró los ojos un instante y volvió al inglés chapurreado, su medio imperfecto. No tuve que decirle que lo hiciera; y a partir de entonces Aristide y él sólo hablaban francés cuando acababa el colegio y salían por la puerta. También bastante al principio, hubo una tarde en que los niños estaban especialmente bravucones. Llovía a cántaros y habían pasado todo el día encerrados, con el cielo tan oscuro fuera que llevábamos horas bañados en una enervante fluorescencia, y en clase de dibujo artístico –supuestamente mi favorita, puesto que soy, o se supone que soy, una artista– los niños tuvieron la brillante idea de estrujar los botes de témpera y rociar con ella primero las hojas de papel pero después, cuando reparé en ello, los muebles, el suelo y a los demás; pese a mi considerable y cacareado autocontrol, levanté la voz



y proclamé a pleno pulmón lo amargamente decepcionada que me sentía, y cuando la jornada escolar llegó a su fin, una hora entera después, Reza se detuvo ante mi escritorio y posó una manita delicada como una hoja en mi antebrazo.

–Lo siento, señorita Eldridge. Siento el desastre que hemos armado. Siento que esté enfadada.

La canguro lo esperaba en el umbral, con su labio brillante. De no haber sido así le habría dado un abrazo: durante un instante, casi me pareció mi propio hijo.

Niños. Yo y los niños. Los niños y yo. ¿Cómo llegué yo, nada menos, a convertirme en la maestra favorita de la clase de tercero de la Escuela Primaria de Appleton? April Watts, que se ocupa del otro grupo, parece una profesora salida de una novela victoriana: su cabello, en un encrespado y vaporoso recogido, parece algodón de azúcar castaño, y lleva unas gafas de culo de botella a través de las cuales mira con imprecisión, con los ojos azules agrandados y distorsionados por las lentes como peces en una pecera. Aunque tiene poco más de cincuenta años, lleva medias compresivas para las varices, y la pobre no tiene ni un ápice de sentido del humor. No me prefieren a mí por culpa del pelo, las gafas o las venas, sino por esa última característica. Tengo fama –y no lo digo con orgullo– de reírme tanto que me caigo de la silla, y eso compensa por lo visto los arranques de ira. Digamos que mis emociones, en toda la gama, son reconocibles para los niños, algo que considero pedagógicamente sensato.

Supuso un gran cumplido y un golpe bajo a la vez que un padre me dijera, hace un par de años, que encarnaba a la perfección su idea de cómo debía ser una profesora.

–Es usted la bebé Gerber de las maestras de escuela –fueron sus palabras–. Es el modelo.

–¿Qué quiere decir exactamente con eso, Ross? –pregunté con una gran sonrisa fingida.

Estábamos en el pícnic de fin de curso, y unos cuantos padres me rodeaban bajo el sol abrasador del patio, aferrando sus botellitas de plástico de limonada y limpiándose la barbi-

lla, o las de sus hijos, con servilletas manchadas de ketchup. Los perritos calientes y las salchichas de tofu para vegetarianos ya se habían acabado.

–Ah, yo sé qué quiere decir –intervino la madre de Brianna, Jackie–. Se refiere a que, de niños, todos queríamos tener una maestra como usted. Entusiasta pero estricta, llena de ideas. Una maestra que entiende a los niños.

–¿Era eso, Ross?

–Bueno, no del todo –respondió él, y me sorprendió comprobar que coqueteaba conmigo. Los padres de Appleton rara vez lo hacen–. Pero se le acerca mucho. Mi intención era hacerle un cumplido.

–Ah, pues gracias.

Siempre trato de saber qué quiere decir la gente en realidad. Cuando me dicen que «entiendo» a los niños, me preocupa que quieran decir que no parezco del todo adulta. El marido de una amiga mía, también profesor, compara a los niños con enfermos mentales. Pienso mucho en eso. Según él, los niños viven al borde de la demencia, y su conducta, sin motivo aparente, comparte la lógica de los locos. Entiendo qué quiere decir, y puesto que he aprendido a ser paciente con los niños, a sonsacar esa lógica que siempre está ahí, en algún sitio, y que una vez explicada resulta irrefutable, he llegado a comprender que los adultos, estén locos o cuerdos, deberían merecer el mismo respeto. En este sentido, nadie está loco en realidad, sencillamente es un incomprendido. Cuando la madre de Brianna dice que yo entiendo a los niños, una parte de mí se siente más orgullosa que un pavo real, pero otra parte piensa que me están llamando loca. O como mínimo que me está separando del clan de los plenamente adultos. Lo que a su vez explica –si no a mí misma, sí a quien esté a cargo, en plan profeta, de las explicaciones– por qué no tengo hijos.

Si me hubiesen preguntado cuando me gradué en el instituto dónde estaría a los cuarenta –y alguien debió de preguntármelo, ¿no?; tiene que haber un artículo en un anuario perdido

tiempo atrás donde se trazaran nuestros planes para el futuro-, habría descrito la feliz escena de la artista con bata trabajando en su espacioso y aireado estudio, con los niños –varios, quizá de cinco, siete y nueve años– retozando en el jardín soleado, acompañados sin duda por un par de perros, de los grandes. No habría podido describir la fuente de los ingresos para semejante visión, ni a un padre responsable de la existencia de los niños; en aquel momento, los hombres parecían accesorios para una vida ideal. Tampoco les hacía falta a los niños ninguna clase de niñera: jugaban milagrosamente bien, sin pelearse, sin el menor deseo de interrumpir a la artista hasta que hubiese terminado; y entonces venía el obligado y agradable pícnic bajo los árboles. Ni dinero, ni hombre ni ayuda, pero en la escena sí aparecía todo lo necesario: la luz, el arte, el jardín y, de crucial importancia, los niños. Si me hubiesen pedido entonces que me redujera a lo esencial, que extrajera todo lo prescindible de esa fantasía, habría quitado el pícnic, y los perros, y el jardín, y, tras mucha insistencia, el estudio. De ser necesario, para el arte bastaría una mesa en la cocina, o un desván, o un garaje. Pero el arte y los niños no eran negociables.

No puede decirse con exactitud que no sea una artista, y no puede decirse con exactitud que no tenga niños. Es sólo que me las he apañado para montármelo muy mal, o muy bien, según cómo se mire. Dejo a los niños cuando se acaba el colegio; dedico al arte –no tengo que utilizar la mesa de la cocina porque dispongo de un segundo dormitorio entero para ese propósito, con dos ventanas nada menos– las tardes a última hora y los fines de semana. No es mucho, pero es mejor que nada. Y durante el año con Sirena, cuando dispuse de un estudio espacioso y aireado que compartir, cuando estaba deseando llegar allí, con la sangre burbujeándome en las venas ante la perspectiva, fue perfecto.

Siempre pensé que llegaría más lejos. Me gustaría culpar al mundo de lo que no he conseguido hacer, pero el fracaso, ese

fracaso que me recorre a veces en oleadas de rabia, que me pone tan furiosa que tengo ganas de escupir, es sólo cosa mía, al fin y al cabo. Lo que ha vuelto insalvables los obstáculos, lo que me ha relegado a la mediocridad he sido yo, sólo yo. Durante mucho tiempo, siempre, me creí lo bastante fuerte, o malinterpreté el sentido de la fuerza. Pensaba que llegaría a la grandeza, a mi grandeza, mediante la insistencia y el esfuerzo, deshaciendo embrollos a medida que aparecieran, del mismo modo que a una le enseñaron a comerse la verdura para poder tomar postre. Pero resulta que ésa es una norma para nenas y mariquitas, porque las proporciones de la montaña de verdura son comparables a las del Everest y el cuenco de helado en el otro extremo de la mesa se funde más y más con cada segundo que pasa. No tardarán en aparecer arañas. Y caerán sobre él y se lo acabarán. ¡Qué orgullo desmedido el mío, al pensar que podía ser un ser humano decente y un miembro valioso de una familia y una sociedad y aun así crear algo! Absurdo. ¿Me había creído fuerte hasta ese punto o qué?

No, es obvio que esa fuerza consistió siempre en la capacidad de decirles a todo y a todos «Vete a la mierda», de darle la espalda al sufrimiento y considerar, sin ser molestada, tus propios deseos por encima de todo. Los hombres tienen varias generaciones de práctica en hacer eso. Los hombres han dado con la fórmula para engendrar niños y dejárselos a otras para que los críen, para aplacar a sus madres con una simple llamada telefónica desde lejos, para insistir, tan tranquilamente como si insistieran en que el sol está en el cielo, como si cualquier otra posibilidad fuese una locura, en que su trabajo, por encima de todas las cosas, es lo que debe hacerse, y debe hacerse primero. Una fuerza de esa clase no tiene, en su visión de juventud, ni perros ni jardines ni pícnicos, ni niños, ni cielo; se centra en una sola cosa, ya sea el dinero, el poder o un pincel y un lienzo. En realidad es una incapacidad de visión, cualquiera con dos dedos de frente puede verlo. Es miopía. Pero es lo que hace falta. Hay que considerar que todo lo demás, y todos los demás, son prescindibles, inferiores a uno.